

El arte de la realidad: perspectivas sobre la racionalidad periodística

MARÍA JESÚS CASALS CARRO
Profesora Titular de Periodismo. UCM

RESUMEN

En este último o penúltimo año del siglo XX aún se percibe en el mundo occidental la influencia de Hegel sobre el concepto de la realidad: se la equipara a la noción de la racionalidad del poder. Junto a ello, un fondo de nihilismo y una deificación de la técnica, la consagración del espectáculo mediático y el perfeccionamiento de las estrategias de la propaganda, el exceso de información como moderna artimaña de censura, aparecen como realidades que han hecho temer por la posibilidad del futuro del periodismo. Pero son las preguntas las que hacen avanzar al ser humano y no las certezas de los juicios. Por eso, en una prospección sobre la realidad periodística es conveniente preguntarse acerca del sentido de la prensa y por el sentido de la realidad; evaluar cómo se cuentan las historias de nuestro mundo y sopesar las posibilidades narrativas que tenemos a la hora de explicar y mostrar la racionalidad del ser humano y su irracionalidad. Y aceptar que la realidad siempre será una convención incompleta y parcelada.

ABSTRACT

THE ART OF REALITY: PROSPECTIVES OF THE JOURNALISTIC RATIONALITY

In the last year of this century Hegel's influence on the reality concept in the west is still noticed: reality is considered equal to the rationality notion. Along side that a background of nihilism and a worshipping of the technology, the dedication to the me-

dia spectacle and the development of propaganda strategies, the excess of information working as a new cunning of censure, all of these are realities that have made us afraid of what the future holds for journalism. But it is the questioning that make us advance as human beings, not the certainty of judgements. From that, exploring the journalism we must ask ourselves about the role of the press and their view of reality and evaluate the way the stories are told in our environment considering the narrative skills we have got to explain and make visible both the rational and irrational aspects of the human being. And to accept that the reality will always be an incomplete and partial convection.

«Lo que llamamos realidad, la verdadera realidad, repito, no es algo por venir, una meta, el último peldaño, el final de una evolución. No, es algo que ya está aquí, en nosotros.»

JULIO CORTÁZAR (1978: 508)

La realidad es aquello que existe y que sabemos que existe. Lo que no conocemos no es real porque ignoramos su existencia. Hegel (1770-1831) nos regaló el enigma más sinuoso cuando afirmó en 1820, en el prefacio de su *Filosofía del Derecho*, que «todo lo que es racional es real; y todo lo que es real es racional». Este retruécano aparentemente inofensivo y ni siquiera llamativamente ingenioso ha impregnado de interpretaciones ideológicas el concepto de realidad hasta un punto inimaginable si no nos preocupamos en advertir las consecuencias habidas. Es posible volver la cabeza y preguntarse cuánto importa en nuestro mundo de ahora, entrando en el siglo XXI, la sentencia hegeliana. Podríamos empezar haciendo un simple y débil ejercicio de lógica: es cierto que todo lo que es racional es real porque no es una proposición excluyente, no impide aceptar que lo irracional también lo es. Pero la segunda parte de la proposición, la que afirma que todo lo que es real es racional, no es posible aceptarla porque excluye de la realidad la irracionalidad. Sin embargo la ilógica de este pensamiento ha impregnado nuestro conocimiento y nuestra concepción de las cosas de la vida. Por influencia de Hegel hay una tendencia generalizada en el mundo occidental a equiparar la realidad con la racionalidad admitida, que es la única posible. Aquello que se aparte de este presupuesto es la irracionalidad. Lo irracional sólo existe para ser destruido. La racionalidad se impondrá siempre; y esa es y será la auténtica realidad.

José María Valverde analizó la cuestión y afirmó que esta forma de pensar o de interpretar el sentencioso pensamiento de Hegel dio lugar a dos lecturas opuestas ideológicamente: la conservadora y la revolucionaria. La conservado-

ra partió de esta premisa derivada de la proposición de Hegel: si algo ocurre en la realidad es que responde a razón y por lo tanto es sagrado; pero la revolucionaria interpretó al contrario: la razón vencerá sobre la sinrazón presente y pasada. Esta disyuntiva antagonica creó ideologías y guerras. El propio Hegel terminaría sus días como cabeza de la «derecha hegeliana». También de su sistema de pensamiento salió el otro brazo, el izquierdo, que influyó absolutamente en Carlos Marx. Valverde (1993: 214) cree que Hegel ha configurado más que nadie la mente y el lenguaje de nuestra propia época. Y explica:

«...Somos hegelianos cuando seguimos la costumbre de atribuir sentido y valor a algo en función de su inserción en la marcha de la cultura y de la historia —sin concebir que su valor concreto pudiera no residir precisamente en eso, ni que ese algo tuviera un valor intrínseco, único y no homologable—. Nuestro mundo, nuestra civilización y nuestra cultura no son sino Hegel en la medida en la que cumplen su deseo de estructurarse racionalmente: otra cuestión es si tal racionalización, cuestionada ya en su éxito, no se despliega hoy día sobre un fondo de nihilismo.»

Efectivamente, el nihilismo —tal vez una supracaracterística de la posmodernidad— se ha instalado en el pensamiento occidental, junto al dogmatismo de la razón —una forma de pensamiento único— y no producen la optimista dialéctica hegeliana. El único argumento que según Michel Meyer (1996: 129-148) se le puede oponer al nihilismo es considerar el cuestionamiento como algo positivo en sí, lo que implica una revolución en nuestros hábitos de pensamiento, ya que toda la tradición occidental se ha construido sobre la hegemonía de la respuesta, es decir, sobre el juicio. «En realidad, —deduce Meyer— el pensamiento surge del grado de las preguntas y de la conceptualización de los problemas. El pensamiento no falla porque se carezca de respuestas»

El nihilismo tiene unas consecuencias muy indeseables en cualquier campo de actuación o de conocimiento. Provoca cierto inmovilismo y es caldo de cultivo para los apocalipsis que se ceban, como ya es costumbre, en el final de una época, siglo y no digamos milenio. Así el fin de la historia, el fin de la ciencia, el fin de las ideologías, el fin del conocimiento, el fin del periodismo. Nihilismo porque fallan las respuestas que se han querido considerar como únicas por ser racionales. Y la ecuación pretende entonces la lógica matemática: es lo racional, luego es lo real. Cuando algo empieza a fallar, ¡ah!, es el fin. El fin del ser humano profetizan ya los sobrecargados de razones. ¿Dónde están las preguntas?

EL GRAN ESPECTÁCULO: EL CONOCIMIENTO TECNIFICADO

«En la burla hay una continuidad: la que se padece y la que se ejerce. Entre el Sócrates de Aristófanes, que se recrea en lo alto para dar oscuros consejos a las víctimas de su propia estupidez, y el pensador de televisión, que se ve ridiculizado por su superficialidad intelectual, no se ha producido ningún cambio verdaderamente sustancial: seguimos pasando de las marionetas de los informativos a las de la filosofía.»

MICHEL MEYER (1996: 33)

Acabamos el siglo y comenzaremos el siguiente con un espectacular avance tecnológico que se ha hecho notar en todos los campos pero muy especialmente en el de la comunicación. Ahora es realidad constatable el concepto de opulencia informativa, una realidad que de espectacular se ha convertido en el espectáculo siempre anunciado. De modo que es muy difícil evaluar qué es periodismo y qué espectáculo. Parece que ya no es muy oportuno hablar de objetividad ni de verdad. Se naufraga si intentamos convertir la teoría de los géneros periodísticos en una incuestionable referencia axiomática de la actuación periodística. Se nos advierte, como lo hace desde su columna de opinión de *El País* Manuel Vázquez Montalbán (12 de abril de 1999), de que la omnisciente mirada de la televisión puede engañarnos: «*Es que ni siquiera podemos fiarnos del ojo global de la CNN, con su pasteurizada información para hoteles de cuatro o cinco americanas estrellas, con su estilo de transmitir las tragedias como si fueran programas de aeróbic conducidos por Jane Fonda. Toda la cacharrería circulante por las autopistas de la información no está al servicio de la mentira. Pero sí al de la no-verdad*». Éste es el panorama que tenemos por el momento: incierto, abierto, con la necesidad de hablar con un lenguaje que pareciendo indefinido sin embargo quiere definir más: entre mentira y verdad se halla la no-verdad. Y este es verdaderamente el sentido actual de la desinformación. Produce nihilismo, escepticismo, se enmascara en la espectacularidad de los hechos y sirve de inducción para crear estados de opinión eficaces, racionales, reales, por tanto. El círculo nunca se cierra porque es imperfecto. Gira sobre sí mismo de modo que podemos volver cien años atrás.

Fue uno de los principales fundadores de la prensa de masas, William Randolph Hearst (1863-1951), quien con pocas palabras calibró la cuestión: *La noticia es lo interesante y no necesariamente lo que es importante*. De este culto por lo interesante se nutrirá el espectáculo, concepto que convive estrechamente con el periodismo en todos los medios, especialmente en la radio y en la televisión. De ello también se han percatado los actores de la escena política y so-

cial: aprenden a ser interesantes, a decir cosas interesantes que les mantengan constantemente en noticias —ya en el titular—, reportajes —aún mejor— y comentarios —el no va más— Son provocadores de información y actúan manipulando en cierto modo los criterios por los cuales se rigen los periodistas cuando seleccionan su información. Del mismo modo, los medios provocan muchas informaciones y polémicas que se justifican por sus intereses ideológicos y empresariales. El profesor Díaz Nosty denunció hace un par de años «*la progresiva aproximación de los entornos del emisor a la condición de fuente, protagonista o inductor directo de lo que se presenta como actualidad*» y definió una nueva modalidad profesional que ha denominado «*periodismo de convocatoria o de remitidos*» que se manifiesta de dos maneras: construir la realidad, y de ella la actualidad, según el interés de los diferentes grupos de poder; o convertir en realidad actual a ciertos agentes de esos grupos según los intereses del emisor. Información, espectáculo y propaganda se unen en el concepto binomio de realidad/actualidad. La pregunta que se hace entonces Díaz Nosty (1996: 20) es deductiva de esta constatable realidad: «*¿Estamos ante el fin del periodismo o, incluso, el fin de la actualidad?*». El círculo sigue girando buscando su cerrada perfección pero no encuentra la línea que lo completa. En este caso la pregunta no quiere una respuesta. Es retórica circular.

El problema se debate y las posturas no se aclaran. A mi modo de entenderlo creo que estamos asistiendo a un hecho curioso en las sociedades democráticas: su autofagia. No es Saturno devorando a sus hijos sino la diosa Razón comiéndose sus propias entrañas. Los valores por los que la democracia vive no podrían desarrollarse y crecer sin la libertad de expresión y la transparencia informativa. La censura como se ha entendido hasta ahora no se practica en las democracias occidentales. Pero ¿es esa la realidad? Iganacio Ramonet (1998: 40) lo refuta. «*Todos sabemos que la censura funciona*»— afirma—. Si no se puede aplicar la censura de la prohibición de textos, publicaciones y palabras, funcionará por autofagia el exceso de todo ello: «*La censura no funciona hoy suprimiendo, amputando, prohibiendo, cortando. Funciona al contrario: funciona por demasía, por acumulación, por asfixia. ¿Cómo ocultan hoy la información? Por un gran aporte de ésta: la información se oculta porque hay demasiada para consumir y, por tanto, no se percibe la que falta*».

Sin embargo, la realidad aparente es la de la racionalidad democrática. Todo lo real ha de ser racional. De modo que al construir realidades los poderes acuden los primeros a defender y cultivar esa misma racionalidad. Superabundancia de información, espectáculo de la realidad y propaganda, suministradora inagotable de todo el espectáculo informativo. Pero el ejemplo de la autofagia significa que no se produce esta realidad de un modo calculado sino por los

propios imperativos éticos que exige el mismo concepto de democracia. Este es un problema crucial en el mundo del periodismo que, al fin y al cabo, tiene la importancia que se merece: enorme, gigantesca. Porque son los medios de comunicación social los que difunden la información que construyen las realidades, aquello que es porque nos dicen que existe. Por eso la razón siempre dedujo que la información es poder. La cuestión es que es necesario ir mas allá de esos postulados racionalistas del XVIII y formular preguntas como hace Ramonet (1998: 53-55) aunque de momento no se tengan las respuestas:

«¿En qué se convierte la relación con la libertad cuando la información es superabundante? ¿No estamos sobre un punto cero, en el que, aunque añada información, mi libertad no aumenta? Puede constatarse esto desde 1989, año de la caída del muro de Berlín. Se rompieron las últimas barreras que intelectualmente se oponían al avance de la libertad a escala internacional. La libertad ganó. Tenemos todas las informaciones, estamos en la era de Internet que nos permite acceder a todas ellas. Estamos en una fase de superabundancia. ¿Ha aumentado mi libertad? En la realidad se puede constatar que lo que se incrementa en esta época es la confusión.»

«Hoy estamos convencidos de que una información de tipo cuantitativo no resuelve los problemas que nos planteamos. La información debe tener un aspecto de orden cualitativo, sin que sepamos muy bien lo que quiere esto decir. Pero sabemos que pasa por dos cuestiones: la credibilidad y la fiabilidad. Es decir, que lo que interesa de la abundante información actual es lo que va a servir, lo que va a ser útil, por una parte; y por otra, cómo quedarse sólo con lo que es creíble y fiable y, como consecuencia, con lo que representa un cierto número de garantías, ligadas a la ética, a la virtud, a la deontología, a la moral de la información.»

Ésta es la tesis de Ignacio Ramonet en su obra *«La tiranía de la comunicación»*. Es importante. Es fundamental. Porque lejos de plantearse lamentos por los pecados de las empresas de comunicación y los periodistas nos invita a reflexionar con preguntas sin tener ni mucho menos las respuestas. Es más, una vez constatada la autofagia del sistema democrático, lo único que propone Ramonet es una pregunta permanente: *«frente a todas las transformaciones a que nos vemos finalmente confrontados, debemos preguntarnos para qué problemas el periodismo puede aportar soluciones en el contexto actual. Si sabemos responder a esta pregunta, el periodismo no será abolido nunca»*. Lejos de la apocalíptica admonición, Ramonet ofrece una salida del túnel de la paradoja autofágica.

EL DISCURSO DE LO REAL

«La razón, flexible y astutamente totalitaria, lo absorbe todo como parte de su proceso lógico de desarrollo interno. Y en la medida en que los hechos no se ajustan a esa lógica, y el hombre sufra 'márgenes de error' en el desarrollo histórico, tanto peor para los hechos y el hombre: eso quiere decir que no son bastante 'reales' (= 'lógicos').»

JOSÉ MARÍA VALVERDE (1997: 8)

Si existe un poder primero y todopoderoso en nuestro mundo de hoy ese es el poder del mercado, la economía como discurso de lo eficaz, racional y, por tanto, «real». Por supuesto, la comunicación y el periodismo como ejecutor no sólo están dentro de su hegemonía sino que además son su vehículo de propaganda y su escudo de actuación. Desde este punto de vista es muy difícil ir más allá y prescindir de una realidad que es la que verdaderamente mueve el mundo. Pero no es mi intención que esto sirva de excusa para acudir a un argumento *ad absurdum* del tipo *no hay salida, nada puede hacerse*. Creo en la necesidad de la pregunta constante y responsable que aleja de la certeza absoluta y de la acomodaticia sentencia crítica y agorera. La interrogación constituye una forma de razón que nos permite ver también lo irracional y alertarnos. En una de sus últimas obras, Isaiah Berlin (1909-1998) reflexionó sobre el sentido de la realidad y afirmó que los problemas que abordan los filósofos no son de carácter tecnológico y no pueden ser resueltos con preguntas empíricas ni formales. Las preguntas en el mundo del pensamiento aparecen, explica Berlin (1998: 116-120), «*porque ha ocurrido algún tipo de cruce de líneas intelectuales —algún tipo de colisión, en ocasiones a una escala grande y paralizante, del tráfico de ideas—. Las preguntas filosóficas tienen una cierta desesperación respecto a ellas mismas, un ansia por una respuesta cuya naturaleza misma no está clara, una sensación de urgencia e insolubilidad*». (...) «*La originalidad en filosofía siempre consistió en la liberación de aquellos oprimidos por problemas provenientes de alguna ortodoxia paralizante*». Esta conexión entre filosofía y libertad, entre capacidad de pensar y no navegar a la deriva de un conformismo práctico es lo que necesita el periodismo, realidad que relata y juzga todas las realidades. Evidentemente, el mercado no planteará ninguna filosofía original.

Los periodistas no son filósofos. Sin embargo pronto aprenden la formulación de preguntas para poder actuar en su profesión. Preguntas empíricas, inmediatas, que permiten saber, ordenar el pensamiento y estructurar un relato urgente: ¿qué? ¿quién? ¿cuándo? ¿dónde? ¿cómo? ¿por qué? Y preguntas

formales que plantean la consistencia o la validez de los hechos, de los dichos, la demostrabilidad de lo que se cuenta, el método de expresión más conveniente, el para qué se cuenta; que acude a explicarse ante sí mismo aquello que no entiende para poder a su vez explicarlo a los receptores de su información. En realidad, el periodista actúa siempre con preguntas, pero, a diferencia del filósofo, tiene poco tiempo para hallar las respuestas y depende de aquellos que le suministran la información. Aun así, se le exige veracidad— que es el contraste con las fuentes—, precisión y buen relato. Con un juicio presto para cada caso importante. Con todos los problemas hasta ahora apuntados, es imposible demandar al periodista mayor dedicación, aunque sí mayor amplitud de miras ante esa realidad que él contribuye a construir. Parece ser que el mundo de lo audiovisual tiene pocas probabilidades de cambiar el sistema informativo en el que se ha instalado, donde el protagonismo es la noticia caliente sin explicar—no hay tiempo, no hay espacio—, el espectáculo de los hechos, el cruce de declaraciones que la representación política genera, la propaganda y la publicidad. Internet proporciona información y vende también espectáculo informativo. Y su capacidad de generar propaganda aún no ha sido suficientemente analizada ni evaluada. Pero sí sabemos que su competencia para ampliar el conocimiento de la realidad es engañosa precisamente por la superabundancia de productos informativos y la carencia de garantías acerca de su veracidad e, incluso, de su verosimilitud. Y la prensa, ante el deslumbrante dominio de la información on-line, no ha sido capaz todavía de encontrar su sentido en este mundo nuestro sobrado de datos, aunque no de conocimiento.

EL SENTIDO DE LA PRENSA

«De los argumentos retóricos unos son sin arte y otros propios del arte. Llamo sin arte a los que no son logrados por nosotros, sino que preexisten, como los testigos, confesiones en tormento, documentos y los semejantes; objeto del arte, los que mediante el método y por nosotros mismos pueden ser dispuestos, de manera que es preciso de aquéllos servirse, éstos inventarlos.»

ARISTÓTELES, *Retórica*, I, 2

Los periódicos de información general saben que tienen una competencia perdida ante los medios audiovisuales. Los hechos más llamativos, aquellos que protagonizan los avances informativos de la televisión y de la radio, aquellos cuyas imágenes se distribuyen casi en el instante también por Internet, sacian

de inmediato la curiosidad de un público ávido de que le sorprendan, antes de que le informen. Quien así se sienta saciado poco o nada acudirá a la prensa del día siguiente para saber más. Pero a aquel que desee conocer explicaciones y orientarse sólo le queda el recurso del papel impreso a diario para poder entender algo el mundo en el que vive. La realidad más real, quizá no más racional; el comprender las irracionalidades es la otra manera necesaria de saber la realidad. Desde este punto de vista, la televisión y la radio no constituyen una competencia directa a la prensa. Sin embargo, resulta curioso cómo todavía el periodismo impreso de información general no ha aceptado esta evidencia y aún insiste en competir con grandes titulares, demasiado espacio infográfico y recortando textos. Y sin cambiar con claridad y convencimiento unos modos de actuación que suponen un peligro para su subsistencia. Ya en 1992 (4 de mayo), un gran periodista como es Manuel Leguineche advertía desde las páginas del diario *El País*: *“Los de la galaxia Gutenberg debemos aprender en estos tiempos a ajustar el tiro, porque la televisión en directo lo ha trastocado todo. ¿Para qué repetir lo que ya se ha dicho en la CNN? Cada vez pasan más siglos entre la transmisión de la CNN y tu artículo en el periódico y no digamos en la revista. Hay que decir adiós a la narración escenográfica de los hechos y escudriñar allí donde los objetivos de la televisión no llegan, descubrir antecedentes y consecuentes, atmósferas, ambientes, secretos”*

También está el problema de entender el periódico como una mera transmisión de declaraciones y, de paso, como un actor político que premia a “los suyos” y castiga a los “otros”. Para ello presentará titulares voluntariamente deformados, distorsionará datos y dirá la “no-verdad” sobre los hechos. Es el problema del enfoque, pocas veces tratado en textos académicos porque la casuística es casi imposible de abarcar. Cada caso constituye uno nuevo. De modo que a priori no es posible determinar cual es el enfoque ético de las noticias en general. Sin embargo el periodista lo sabe o lo aprende con gran rapidez. No basta con responder con precisión —y hasta con exactitud— a las cinco, seis, preguntas básicas del periodismo. Esto puede hacerse a la perfección y, a la vez, estar desenfocando una noticia con una intención claramente ideológica o partidista. Cuando narramos algo por escrito empezamos un proceso muy parecido al que empleamos cuando decidimos fotografiar espacios: depende de la posición, del ángulo de mira, del zoom, de la iluminación, el que ofrezcamos una imagen más o menos acertada. Nunca será real, tan sólo más próxima o más manipulada. La escritura no genera verdad. Pero construye realidades. Y, desde luego, es un acto de voluntad previa el modo de esa construcción.

Por ello, la prensa tiene un papel tan necesario que resulta obvio reclamarlo una vez más. El periódico puede contar más realidades. Y rechazar la creen-

cia de que sólo lo que proviene de los mundos del poder merece ser contado. Las voces en este final de siglo no callan; alertan sobre una realidad preocupante para hoy y para el futuro más próximo. El filósofo Eugenio Trías se quejaba en el diario *El Mundo* (6 de febrero de 1997) sobre el hastío que genera la política:

“Cuestiones de índole cultural, o de naturaleza filosófica y científica, se hallan siempre en segundo plano en los espacios mediáticos. Estos parecen hacinados por el cruce de declaraciones que los partidos generan. Como si sólo de esos centros emisores pudiera surgir el mensaje que produce alteración y conmoción en el ámbito de la opinión pública. La cual, obviamente se empobrece hasta el absurdo en razón de esta tremenda dependencia. (...) No soy de quienes abundan en la descalificación por principio de la casta política. Pero considero que la centralidad oficial y oficiosa de ésta en la opinión pública, sin amortiguadores mediáticos, constituye el verdadero virus informático de una democracia demasiado joven e inexperta. (...) Sería acaso el momento para que los medios de comunicación desconectaran de esos centros emisores contaminantes que son los partidos, o los espectros con vocación de tales, y se abrieran a problemas que más de cerca afectan e interesan al ciudadano: a cuestiones culturales, ecológicas, científicas, filosóficas e ideológicas en el sentido más amplio; o a problemas relacionados con las preocupaciones cotidianas. O que en lugar de hallarse siempre en las puertas de los grandes centros partidistas acudieran a los centros reales de la vida ciudadana (por lo general bastante distanciada de las guerras interesadas que en esos centros contaminantes se juegan).”

El hecho de que se exija a la prensa que amplíe los criterios de selección de las noticias no significa que los periódicos hayan de prescindir del relato de aquellas noticias de interés general y basadas en hechos recientes que los medios audiovisuales también relatan a su modo. Lo que se pide es mayor amplitud de enfoques y de temas, revalorizar el periodismo de calle, dar más voz a otros protagonistas que a los gabinetes informativos, diferenciar el periodismo de investigación del negocio de la filtración, que las informaciones se obtengan éticamente y diferenciar por obligado respeto al lector las opiniones de las informaciones o, lo que es lo mismo, de los hechos comprobados.

En los buenos periódicos los acontecimientos más importantes son cubiertos en general de un modo satisfactorio. Corresponsales, enviados especiales y los redactores de los diarios suelen ofrecer una información bien documentada, ordenada y hasta narrada con cierto esmero literario. Lo del enfoque es el otro problema. De modo que el género de la información, de la noticia, es quizá el

más desarrollado en el periodismo escrito. Sin embargo, tal como reclamaba el filósofo Trías, aún falta reinventar las señas de identidad de la prensa: su poder de contextualización, su poder de explicación y su deber de orientación.

En este sentido, son los géneros interpretativos y opinativos los que deberán protagonizar con mucho más espacio y medios las páginas de los periódicos. Deben cumplir con la misión de revisar la actualidad e integrarla en lo real. Y explicar la realidad en su racionalidad y su irracionalidad. Si la prensa elige el modelo reduccionista de dar a conocer un hecho para luego olvidarlo, buscando la emoción efímera, nos llevará a un mundo asolado por el escepticismo más empobrecedor y anulador de nuestras responsabilidades como personas y ciudadanos del mundo. Así lo ha entendido el eurodiputado José María de Mendiluce cuando en un artículo exigió el debate en los medios, pero el debate auténtico, el que nace del análisis y de la exposición de ideas, no del debate espectáculo tan recurrido hoy en los medios audiovisuales. Y propuso: *“Romper la secuencia dramalimagen/emoción/dinero pasa por analizar un poco más los porqués y por debatir un poco más las respuestas y las acciones necesarias para evitar la siguiente crisis, que nos va pillando más y más cansados. Más análisis para la comprensión que complementa las imágenes para la emoción”* (*El País*, 20 de enero de 1997)

Tal vez el fin del periodismo —cada disminución de las ventas de periódicos es un poco el fin— no se produzca mientras haya alguien dispuesto a exigir y a cumplir informativamente con algo más que con la espectacularidad interesante de lo posible y de lo imposible, de lo racional y de lo irracional como dos realidades opuestas y separadas cuando habitualmente conviven y son las dos caras de una misma moneda. Giovanni Sartori ha reclamado desde hace tiempo el papel de la prensa como salvaguarda de la democracia y lo opone al de la televisión, medio que, a su juicio, constituye uno de los grandes desafíos que tienen que afrontar las democracias en la actualidad. Sartori considera que desde la invención de Gutenberg, la televisión es la primera revolución de alcances verdaderamente antropológicos aún no suficientemente percibidos: el hombre de Gutenberg —el que lee, abstrae, conceptualiza y racionaliza— se está convirtiendo en el hombre McLuhan, el hombre ocular. Esto acarrea cambios en la cultura política, cambios que hasta ahora se pueden observar con mayor claridad en Estados Unidos, aunque se están produciendo en todas las sociedades. *“La garantía sustantiva —razona Sartori (1987: Y-116)— viene dada por las condiciones bajo las cuales el ciudadano obtiene la información y está expuesto a la presión de los fabricantes de opinión. En última instancia la opinión de los gobernados es la base real de todo gobierno”*. En un ensayo posterior, Sartori (1998) ha ido todavía más lejos en su denuncia. Nos encontramos,

advierde, en plena revolución multimedia y esta revolución está transformando al *homo sapiens*, producto de la cultura escrita, en *homo videns*, el hombre que sólo ve porque la palabra ha sido destronada por la imagen. La primacía de lo visible sobre lo inteligible lleva, según Sartori, a un ver sin entender y ello supone el fin, la muerte, del pensamiento abstracto, de la imaginación y de la invención de ideas distintas. Estamos asistiendo, pues, al nacimiento de un no-pensamiento o postpensamiento que ha arrinconado la palabra y que confunde el conocimiento con la acumulación de datos informativos y estampas visuales.

EL RELATO DE LA REALIDAD

«Si algún pecado hay que endosar a los periodistas es el de haberse dejado llevar por la trampa de creer que la realidad del poder es la única realidad.»

MARGARITA RIVIÈRE (1998: 14)

El periodismo se nutre de profesionales que ejercen sus tareas de un modo tan diferente que resulta difícil, por no decir que imposible, el dar una definición clara de la actividad periodística. El espectáculo —en todos los medios, porque la prensa del “rosa al amarillo” es espectáculo— y la propaganda —los gabinetes de prensa y relaciones públicas asumen esta función— forman parte de una amalgama profesional en la que conviven informadores, analistas y comentaristas. Internet ofrece la posibilidad de que en cualquier momento alguien se convierta en informador. Internet es herramienta que suministra información pero también es información, real e irreal, verdadera y falsa. Hasta el momento, con una apertura casi sin límites y sin fronteras. Pero esta aparente confusión no resta protagonismo al periódico ni mucho menos lo hace innecesario. El problema reside en que el periódico adopte el papel que de él se espera: relatar la realidad con una mirada amplia, observar la realidad social e ir más allá de los cenáculos del poder. Y contarlo sin aburrir, con imaginación y con conocimiento de las técnicas del relato y de lo que se habla. Tiene espacio para ello y la palabra escrita, o mejor, relatada, es siempre necesaria. La literatura no ha muerto. Tampoco el periodismo escrito. Internet no relata; clasifica datos, hechos y puede ser una buena enciclopedia virtual. Internet nada sabe de las estructuras de un buen relato de la índole que sea.

Tiene razón el profesor Martínez Albertos (1998: 67) cuando proclama con un total convencimiento que “*sin una precisa teoría de los géneros no puede existir un verdadero periodismo*”. Y en su libro *El Ocaso del periodismo*

(1997: 306) se pregunta con asombro: *¿Cómo puede organizarse una enseñanza del periodismo sin una Teoría de los géneros, una Redacción Periodística, un Análisis del lenguaje... una Retórica del Periodismo?* El profesor Albertos ha explicado —con la excelencia del estudioso y conocedor de la realidad periodística— la necesidad y la pervivencia de los géneros periodísticos y a su extensa obra me remito. El temor de que se nieguen estos géneros genera el temor del fin del periodismo. El fin de una lógica, una estética y una ética de una profesión ya difícilmente definible. Habremos de convenir que no todos los periodistas hacen funciones parecidas ni homologables. El periodismo en televisión ha trufado los géneros y los noticiarios se han convertido en un espectáculo en el que a veces no resulta nada fácil distinguir la realidad de la ficción. Incluso, la servidumbre que genera la publicidad, ha hecho que ciertos telediarios anuncien una catástrofe o un hecho llamativamente luctuoso en sus titulares y se interrumpa la emisión para después de unos minutos de anuncios publicitarios. Se deja el suspense ficticio de un hecho real cuyo interés así tratado sólo reside en su espectacularidad. Su significado ya no es que pase a un segundo plano, es que no existe.

La prensa aún no ha caído tan bajo. Al menos la prensa referencial de información general —por supuesto no la deportiva, ni la del “corazón”— Y en la prensa importa mucho cómo se cuentan las cosas. En ese cómo reside la base del relato periodístico con sus diferentes manifestaciones y utilidades.

La necesidad de separar información de opinión es bastante aceptada en general aunque muchas veces sólo se cubren las apariencias. En los titulares de las informaciones se establecen unos focos de interés tan desenfocados a veces que esa actuación supone una opinión, no explícita, pero que llevará al lector a una visión de la realidad ciertamente deformada. Se trata de un grosero proceso de inducción, efectivo a corto plazo. La base de la manipulación. Pero quien así actúa se cubre las espaldas alegando que su lenguaje es informativo: sólo relata hechos y no contiene ningún vocablo opinativo. Esa forma de actuar es premeditada y no tiene mejor remedio que el rechazo del lector. Muy frecuentemente, en esta evidente forma de manipulación se buscan disfraces lógico-lingüísticos —a modo de poderosas justificaciones—. Se recurre entonces a utilizar conceptos inherentes a la información y a la opinión como son el análisis y la interpretación. Hay quien defiende que en el mismo momento de analizar documentación o de sintetizar antecedentes y hechos ya se está elaborando una opinión de primer orden. Con esa premisa, se propugna que el acto de decir es libre, que no debe ser censurado y que qué más da, todo vale por el sagrado derecho de la libertad de expresión; y se apela además al derecho a la información. Supongo que estas actitudes no desaparecerán; convivirán con esa otra ac-

titud responsable de pensar en el lector ofreciéndole un producto no fraudulento y respetuoso con su libertad y su inteligencia. Esta segunda forma de actuación es la base del concepto de objetividad periodística. Un concepto tan discutido que es inútil ahora detenerse de nuevo en ello. Por mucho que se intente disfrazar la realidad, creo que los buenos lectores de prensa —aquellos que no se conforman únicamente con los titulares— saben y conocen la existencia de ambas actitudes descritas y la diferencia entre ellas.

Sin embargo, a la hora de enseñar los géneros periodísticos no basta con clasificarlos porque sólo de ese modo no se despejan dudas fundamentales que tienen que ver con la praxis del lenguaje. La prensa adquiere cada vez más un papel explicativo de las complejas realidades de nuestro mundo. Si yo explico, ¿dónde sitúo la frontera entre lo opinativo y lo puramente expositivo? Muchas veces la descripción contextualizadora de hechos son razones sobre esos hechos. ¿Dónde la frontera exacta entre lo narrativo y lo argumentativo? Y más complejo aún: ¿dónde se sitúan las pretendidas fronteras entre narración, descripción e interpretación? Hannah Arendt (1996-1975), reflexionando sobre la trama de las relaciones y las historias interpretadas (1993: 205), afirmó que “*en el momento en que queremos decir quién es alguien, nuestro mismo vocabulario nos induce a decir qué es ese alguien*”.

Si en numerosas ocasiones la explicación de hechos aparece con la forma de relato que ofrece un reportaje proyectado además hacia el futuro, ¿no será entonces esa especulación un juicio por sí mismo? ¿No se disfraza la opinión en reportajes de tesis que se escriben con el único propósito de hacer prevalecer dicha tesis? La amplificación de ciertos hechos, así como la simplificación de otros o incluso el silencio informativo son también formas de la opinión, una opinión implícita, disfrazada.

Ciertamente, las fronteras no son diáfanas a la hora de escribir textos que vayan más allá del relato urgente de un acontecimiento en el que no se exige más que la descripción ordenada del qué, quién cuándo, etc. Por eso la clasificación de textos periodísticos según su intención objetiva e interpretativa no ayuda a solucionar estas dudas de orden pragmático que existen y son reales. Porque además dicha clasificación opone la objetividad con la necesidad de explicación, disyuntiva que falsea la realidad periodística. No se es más objetivo por elaborar noticias que respondan sin más ambiciones a las cinco preguntas básicas. Por el contrario, es la búsqueda de los *por qué*s lo que da sentido al periodismo escrito y apuntala su racionalidad. Ahora bien, ahí reside un problema de entendimiento: el alcance de la interpretación con respecto a la opinión; la delimitación de fronteras lingüísticas entre ambas realidades. Creo que en primer lugar deberíamos conocer la naturaleza de los juicios que utilizamos y

comprender que unos son simplemente interpretativos mientras que otros poseen una naturaleza absolutamente opinativa.

Así, podríamos distinguir los siguientes juicios que todo escritor —el periodista escribe— va a tener que utilizar en sus textos narrativos interpretativos y en los editorializantes:

Analíticos

Resultan de la percepción de un problema, de una realidad compleja que puede tener consecuencias aunque todavía no puedan determinarse con exactitud. Son juicios “a priori” porque lo que se intenta es llamar la atención sobre determinados asuntos e implicar al lector en esta preocupación. En realidad, el juicio no se manifiesta explícitamente. Pero por la forma en que se construye un relato de hechos, acentuando la importancia en unos más que en otros, ofreciendo datos contextualizadores, antecedentes necesarios, estableciendo relaciones pasado-presente y observando posibles consecuencias que se deriven de esos hechos, los juicios analíticos están presentes en cualquier reportaje de investigación y explicativo de realidades. Pero no son opinativos.

Sintéticos

Todos los juicios sintéticos son “a posteriori”, es decir, implica el conocimiento de unas causas y el establecimiento de unas consecuencias no sólo deducibles sino también constatables. Los juicios de esta naturaleza se basan en la experiencia y por tanto permiten predecir ciertas realidades. Con esta clase de juicios un relato puede proyectarse hacia el futuro y obligan al análisis causal y a la deducción sintética. Estos juicios no juzgan los hechos.

Hipotéticos

En el análisis causal no siempre es posible deducir unas determinadas consecuencias o efectos; entonces, el juicio implícito queda abierto a una o varias hipótesis que se formulan como resultado del análisis realizado.

Disyuntivos

Se formulan cuando se plantea una bifurcación en una alternativa con sus dos opciones: o esto o lo otro. Son muy útiles cuando han sido el resultado de

análisis de situaciones y las posibilidades apuntadas suponen una advertencia sobre lo que puede pasar, casi siempre con una opción mejor que la otra, por no decir que opuestas. Sin embargo, si se utilizan como admonición inducida para desaconsejar una de las opciones de la alternativa, estamos evidentemente ante una manipulación ideológica de carácter puramente opinativo.

Catagóricos

Son juicios cerrados y explícitos. Juzgan hechos, personas o situaciones sin dejar espacio apenas para la discrepancia. Pueden fundarse en el análisis de causas y consecuencias, pero este análisis funciona como prueba o razonamiento para justificar y reforzar el juicio que es de carácter contundente. Son siempre opinativos explícitamente y pueden subdividirse en tres categorías:

Juicios de hechos: un simple adjetivo puede enjuiciar un suceso cualquiera ya desde el titular de una noticia.

Juicios de intenciones: un adjetivo, pero también un aparente análisis, pueden servir como base para juzgar — o prejuzgar— las intenciones supuestas en un actor político o cualquier otro representante social. El desenfoque manipulador de muchos titulares de prensa contiene esta clase de juicios en el mismo epicentro de la noticia.

Juicios de valor: juzgan con adjetivos contundentes que se refieren a unos valores jerarquizados y de cualquier índole: sociales, éticos, políticos, individuales...

Todos los juicios expuestos, excepto los catagóricos en sus tres manifestaciones, se utilizan y deben utilizarse dependiendo de las necesidades explicativas y contextualizadoras en los relatos interpretativos. Porque si no hay análisis y síntesis no se puede explicar nada. Ahora bien, aquellas matizaciones que supongan juicios catagóricos o cerrados sobre lo que se narra y se explica deben estar atribuidos a una fuente identificada y confrontados además con otros juicios de otras fuentes que no tienen por qué ser coincidentes, incluso podrían ser opuestos. Si no es así, ¡qué fácil atribuir a esa fuente “allegada”, “cercana”, de la que nada más sabemos, aquello que nos gustaría decir! Que el lector se lo trague...

Por todo lo anterior, creo que resulta un tanto falaz hablar de relato periodístico excluyendo absolutamente la posibilidad de un razonamiento basado en

la contextualización, la ilación, el análisis causal, la síntesis de las consecuencias y la explicación de conceptos. Con ello no cerramos ningún círculo, no damos argumentos razonados por la opinión categórica, pero sí nos apoyamos en argumentos existentes y reales. En última instancia, será el lector quien se formule la opinión concreta. Y esto tiene una consecuencia inmediata en la conceptualización de los géneros periodísticos basados en los diferentes relatos que el periodismo tiene a su disposición. No sólo los géneros de opinión orientan. También lo hacen los relatos interpretativos y esa es su razón de ser.

EXPLICAR Y MOSTRAR

«Cuando tienen valor, el periodismo y la literatura sirven para el descubrimiento de la otra verdad, la del lado oculto, a partir del hilo de un suceso. Para el escritor periodista o el periodista escritor la imaginación y la voluntad de estilo son las alas que dan vuelo a ese valor. Sea un titular que es un poema, un reportaje que es un cuento, o una columna que es un fulgurante ensayo filosófico. Ese es el futuro.»

MANUEL RIVAS (1998: 23)

A la hora de escribir, tanto en literatura como en periodismo, las formas de contar importan mucho. Un mismo tema puede ser abordado desde diferentes modalidades narrativas y unas serán más apropiadas que otras dependiendo de qué es lo que se quiere conseguir. No es lo mismo tratar de explicar con coherencia los diferentes ángulos que componen una realidad concreta que mostrarla y hacerla vivir para comprender su transcendencia. En ambos casos, el periodista dependerá siempre de unas fuentes que le cuenten, que le informen, que revivan sus experiencias, que le expliquen sus conocimientos.

Exceptuando la noticia, un relato urgente y sin posibilidades explicativas más allá de los datos necesarios, los demás relatos son interpretativos y se denominan reportajes y crónicas. Y pueden ser explicativos o mostrativos según sea la naturaleza del propio relato. Un *relato explicativo* (reportajes y crónicas) busca la orientación del lector por medio del análisis y síntesis de hechos, aporta datos y antecedentes, contextualiza y explica conceptos. La base es narrativa con un tono distanciado pero preciso. Busca la eficacia de la explicación clara y no se detiene en posibilidades retóricas. Las fuentes suelen ser numerosas y no contiene juicios de valor aunque puede plantear hipótesis o mostrar una realidad disyuntiva. Las fuentes consultadas le sirven para justificar todo este contenido explicativo.

En cambio, un *relato mostrativo* (también reportajes y crónicas) se basa en una narración protagonizada por el concepto de la visibilidad. Esta noción de saber mostrar algo mediante el uso adecuado del lenguaje la definió Aristóteles en su *Retórica* (1990: III,11) bajo el epígrafe *Poner ante los ojos: "Llamo poner ante los ojos algo a representarlo en acción"*. Lo que Aristóteles nos enseña es a utilizar y extraer todas las potencialidades y cualidades sensoriales y plásticas de la prosa narrativa. Es encontrar y explotar la diferencia entre el decir y el mostrar. La metáfora, el adjetivo bien hallado, los epítetos, los nombres de las cosas y los verbos. Son los verbos los protagonistas de toda acción; pero no pueden transitar solos. Necesitan de la palabra justa y sonora, evocadora de lo real, de lo que pasa, la que llama a las cosas con precisión, la que huye del estilo "literaturizado" o falsamente lírico, poético que diría Aristóteles.

En todos los pasajes del libro III de su *Retórica*, Aristóteles nos alerta sobre todos los vicios que matan el estilo. Además, en el capítulo 9 nos enseña estos dos conceptos aquí manejados y que él denomina *Estilo seguido y el periódico*. Al estilo seguido lo define así: "*el que no tiene fin por sí mismo, si no termina el asunto expuesto*". Si nosotros escribimos un reportaje explicativo, el asunto que habremos de explicar es la base de la narración. A él se supeditará el estilo narrativo que será "seguido" en términos aristotélicos, por no decir que exige un orden en la narración lógico y bastante clásico. En cambio, el estilo "*periódico*" requiere para Aristóteles un concepto de distribución del relato en párrafos o periodos: "*llamo período a un trozo que tiene principio y fin en sí y por sí mismo, y una extensión abarcable a la mirada. Tal trozo es agradable y fácil de comprender; es agradable por cuanto contrapuesto al discurso infinito, y porque siempre el oyente cree que alcanza algo, y algo para él definido*". Los párrafos o periodos deben ser, aconseja el Estagirita, equilibrados, "*ni demasiado pequeños ni demasiado largos... los periodos que son largos resultan discursos y como el prelude de un ditirambo*". Los párrafos demasiado cortos producen una narración sincopada, carente de ritmo y de contenido suficiente.

Con todo este bagaje, el estudiante de periodismo y el periodista deben estar siempre atentos a las estructuras convenientes a sus relatos mostrativos o explicativos y el aprendizaje es lento porque requiere práctica, corrección, seguimiento y muchas lecturas. Lecturas literarias y lecturas periodísticas. Todo lo que tiene que ver con el uso del lenguaje es asunto infinito, para cuidar toda una vida. Y esta distinción fundamental entre explicar y mostrar es una de esas tareas que requieren mucha más atención y estudio de lo que pocos están, en un principio, dispuestos a admitir. El escritor Angel Zapata (1997), en un libro para ayudar a los aspirantes a escritores, afirmó con rotundidad: "*No es lo mismo explicar una his-*

toria que contársela a los lectores, reflexionar sobre un personaje que retratar sus acciones de un modo vivo y concreto". Pasar de la idea a la acción. De eso se trata cuando necesitamos mostrar, describir, hacer visible una historia. En literatura y en periodismo.

Después de esta propuesta acerca de mi visión sobre los relatos periodísticos me quedo expuesta a la acusación o al reproche de que desprecio la ortodoxia de los géneros periodísticos. Pero, como ya he explicado anteriormente, creo que es ficticio y confuso hablar todavía de reportaje objetivo y de reportaje interpretativo, sobre todo aplicado a la escritura en prensa, cuando los periódicos han de concebir sus relatos de la realidad desde una perspectiva muy distinta a la de los medios audiovisuales. Creo, además, que tanto el reportaje como la crónica informativa adoptan, según las necesidades del relato y las circunstancias, las dos formas ya descritas de explicación o de visibilidad. Y de eso estamos hablando, de formas precisamente, cuestión nada desdeñable sino todo lo contrario: es decisiva. La calidad, la ética, la credibilidad, la eficacia, la profesionalidad, en suma, constituyen los criterios de fondo, de modo que la valía del periodista depende de formas y de fondos, cuestiones sólo evaluables a posteriori, una vez que cada relato haya sido escrito. Cada periodista se define a sí mismo por su último reportaje, su último relato para el lector.

El resto de relatos, de mucha menor extensión y atentos a la urgencia del suceso, son noticias más o menos elaboradas, mejor o peor enfocadas, con mayor o menor objetividad. Constituyen pequeñas piezas narrativas sujetas a un espacio muy limitado y a una premura evidente, cuyo carácter principal es la exposición de datos siguiendo una línea estrecha de la causa al efecto o viceversa. Aún así, la calidad literaria —la forma— de estas pequeñas piezas dependerá de ese enfoque adecuado que cada relato necesita: explicar o mostrar. Cuando se critica la fórmula de la pirámide invertida aduciendo que obliga a repetir tres veces la narración o que aporta uniformidad a todos estos pequeños y necesarios relatos, es que, según lo entiendo, no se comprende de lo que se está hablando. El concepto de pirámide invertida existe desde el momento en que el titular desvela lo esencial. Pero el resto de la narración, compuesta por la entradilla y el cuerpo informativo, vayan o no señalados tipográficamente, es una unidad de un relato ordenado para el lector —orden que como ya se ha puesto de manifiesto por varios autores nos ha sido explicado por la retórica clásica, no por ninguna fórmula con grafía anglosajona—, buscando la máxima eficacia de lectura y comprensión textual, donde, por supuesto, nada se repite. La uniformidad aducida en su contra no es más que la manifestación de una carencia: sea como sea su estructura, un texto puede ser de calidad literaria o carente de ella. Es una cuestión de estilo, de saber escribir, de apren-

der a sintetizar. La verdad es que la experiencia docente me ha hecho llegar a la conclusión de que estos textos —las noticias—, modestos en apariencia, son difíciles en todo su conjunto. Escribir un buen titular tanto desde el punto de vista gramatical como de enfoque, una correcta y efectiva entradilla y un cuerpo informativo con vida hasta la última línea, y hacer de todo ello una unidad de buen relato, es algo que requiere tiempo y dedicación, más unas presupuestas habilidades expresivas. No es fácil. Aunque sí nos lo parece cuando leemos una noticia bien escrita.

EXPLICAR

Las dos formas narrativas expuestas, explicar y mostrar, dan lugar a diversos tipos de reportajes según sea su foco de interés. En primer lugar, los *relatos explicativos* (prevalece el dato, la idea, el contexto y la relación) contendrían las siguientes modalidades reporteriles para relatar de distintos modos las realidades del mundo:

Reportajes expositivos

Son de interés noticioso. Adoptan un tono narrativo clásico, explicando causas y consecuencias. El tono es distanciado y sintético, busca la eficacia de la claridad de los hechos. La interpretación viene dada por la selección de acontecimientos, por la contextualización, por la selección de las fuentes y la documentación aportada. El periodista es un narrador invisible que no juzga pero sí evalúa y jerarquiza aquello que relata.

Reportajes analíticos

Se analizan causas y consecuencias de hechos ya suficientemente conocidos por lo que el periodista no vuelve al relato sobre los mismos sino que amplía aspectos nuevos de esa realidad. Se trata de desvelar aspectos poco claros, contextos relacionados, relaciones temporales. Necesitan apoyos indispensables como las fuentes expertas sobre el tema o temas de fondo y aportación documental. El interés es noticioso y a la vez orientativo para el lector porque sin datos y análisis no hay base para sustentar opiniones.

Reportajes especulativos

Basados también en el análisis los diferencia el hecho de que el relato se proyecta hacia un futuro más o menos determinado; es decir, se analizan consecuencias aún no sabidas o definidas. Llamam la atención sobre problemas de peso y sobre situaciones cuyas consecuencias pueden variar dependiendo del desarrollo de unos hechos que aún no se han producido. Se apoyan también en fuentes expertas. El tono es distanciado desde el punto de vista narrativo pero implica al lector en la preocupación que subyace por el mero hecho de su publicación. El interés es noticioso —puede abarcar como el anterior todas las áreas o secciones de un periódico—. La economía y la política —nacional e internacional— son temas preponderantes.

Reportajes divulgativos

De interés didáctico, enseñan, explican como son las cosas, como funcionan, qué repercusiones tienen en nuestras vidas. Son reportajes ahora necesarios en cualquier periódico de calidad y abarcan campos muy amplios. La ciencia y la tecnología, conceptos que engloban las conquistas del conocimiento humano en muchas áreas, son asuntos que han arraigado en las redacciones con fuerza porque el periódico es un vehículo sin competencia para divulgar con interés y eficacia lo que hasta hace poco sólo era patrimonio de los iniciados en los diversos campos del saber científico. Las fuentes son expertas y el periodista debe adoptar un tono explicativo sin ser pretendidamente académico pero tampoco vulgar. Debe, ante todo, entender previamente aquello que va a explicar, lo que le llevará tiempo y dedicación.

Reportajes biográficos.

Todos sabemos que la concesión de un premio renombrado o la muerte de un famoso tiene en el periódico la repercusión inmediata de elaborar una narración explicativa sobre el personaje en cuestión. Las fuentes son fundamentalmente documentales y este tipo de relatos se hallan preelaborados en las redacciones en muchos casos.

Reportajes de base histórica

Frecuentes cuando ocurren sucesos bélicos, conmemoraciones, centenarios, efemérides varias. La base es documental y el periodista debe conocer las posibles fuentes de esa documentación y saber elaborar un relato interesante y explicativo de esa antigua realidad que hoy nos debe interesar. Las fuentes humanas, de los expertos, son un complemento importante, sobre todo a la hora de juzgar situaciones y personajes. Pero es la documentación lo que debe trabajar con esmero el periodista. Un trabajo, por cierto, muy creativo. El único peligro es plagiar enciclopedias o libros sobre la materia. Pero esa es otra historia.

Reportajes de ocio y servicio

Estos relatos explicativos que no dependen de forma estricta de la actualidad sino de la ocasión creada están basados en el concepto de la utilidad que le pueden reportar a cualquier lector. Ocio, espectáculos, moda, viajes, compras, decoración, vida cotidiana en general, son temas que se abordan al modo de una guía explicativa e informativa para desenvolverse en la sociedad moderna.

MOSTRAR

Respecto de aquellos modos de narrar que utilizan el valor de la visibilidad y que llamo *relatos mostrativos*, tenemos los siguientes:

Reportajes valorativos

Los he denominado así porque el hecho de valorar algo supone previamente el hecho de elegir el modelo que se va a mostrar, que va a hacer la historia visible, no sólo explicativa. Esta clase de reportajes suele ser de interés humano y de interés social. Se busca no sólo explicar cosas y conceptos, sino mostrar un problema encarnado en una historia o historias reales que se utilizan como hilo conductor. Las fuentes documentales están presentes, pero el testimonio humano es vital. En la obra periodística de Gabriel García Márquez abundan estos reportajes y, como el gran escritor que es y siempre fue, resultaron de una calidad literaria antológica. Después, mediados los años 60, Tom Wolfe quiso descubrir en esta forma de narrar lo que él llamó *el nuevo perio-*

dismo; y, antes, Truman Capote intentó denominar su gran relato visible *A sangre fría* recurriendo a una paradoja: novela de no-ficción, o con una mejor traducción, novela real, concepto que Capote (1988: 10) explica con esta lujosa descripción: «quería realizar una novela periodística, algo a gran escala que tuviera la credibilidad de los hechos, la inmediatez del cine, la hondura y la libertad de la prosa, la precisión de la poesía»

La estructura literaria de estos relatos se elabora por párrafos o periodos como ya nos enseñó Aristóteles y se busca una fórmula dramática o de interés sostenido que se aleja mucho de la narración clásica de los reportajes explicativos. La obra del escritor y periodista Manuel Rivas *El periodismo es un cuento* (1997) recoge una serie de reportajes publicados en el diario *El País* que responden fielmente a esta noción narrativa. “Cuentos verídicos”, “reportajes filtrados por la ensoñación”, crónicas de vida, fragmentos de la novela humana. El yo del periodista no tiene por qué asomar aunque en ocasiones debe hacerlo si su mirada es el testigo de cargo de lo narrado. La finalidad de estos relatos mostrativos es hacer visible y sensible una historia particular que apunta a situaciones y problemas más generales. La escritora danesa Isak Dinesen lo percibió con claridad: “*Todas las penas pueden soportarse si las ponemos en una historia o contamos una historia sobre ellas*”¹.

En un reciente libro, David Lodge (1999: 298), novelista y profesor inglés, estudia todas las técnicas de la narrativa, y dedica un capítulo a la “novela basada en hechos reales”; defiende el concepto con este argumento: “*las técnicas novelísticas generan un interés, una intensidad y un poder emotivo a los que el reportaje o la historiografía ortodoxos no aspiran, mientras que para el lector la garantía de que la historia es “verdad” le confiere una fuerza que ninguna narración ficticia llega a igualar*”. Y a Lodge no le interesa la confusión de géneros ni la polémica sobre periodismo o literatura. Es más, lo zanja con esta revelación (*ibid.*: 299): “*La novela misma en tanto que género literario procede en parte del primitivo periodismo; hojas sueltas impresas, panfletos, “confesiones” de criminales, relatos de desastres, batallas y hechos extraordinarios, que circulaban entre unos lectores ávidamente crédulos como historias verdaderas, aunque casi siempre contenían algún elemento inventado. Daniel Defoe empezó su carrera como novelista imitando esas narraciones supuestamente documentales, en obras como “True relation of the apparition of one Mrs. Veal” (la verdadera relación de la aparición de una tal Mrs. Veal) y “Diario del año de la peste”. Antes de que se desarrollara el método histórico “científico”*

¹ Cit. por H. ARENDT (1993: 199).

a finales del siglo XIX se daba una abundante fertilización mutua entre la novela y la historiografía: Walter Scott se consideraba a sí mismo historiador tanto como novelista y en "la historia de la Revolución Francesa" T. Carlyle escribía más como un novelista que como un historiador moderno".

Reportajes literarios

Son distintos de los reportajes valorativos porque el objeto de su publicación es la firma que los preside. Por tanto, el foco de interés no está únicamente en la historia sino en el Yo del escritor. El tono y la estructura de estos reportajes rezuman la individualidad reconocida. Importan las visiones y experiencias que aportan sus autores, el estilo, la visibilidad de sus historias. La subjetividad de lo que miran.

Perfiles

Son reportajes que se diferencian de los biográficos en el tono y en el por qué de su publicación. La percha para publicarlos no reside en un hecho lucrativo o de éxito reconocido, sino en la justificación que el propio periódico o periodista decida llevar a la entradilla. Se trata siempre de una mirada en un momento dado a un personaje famoso, vivo, y para ello se habla con él ampliamente y con la conversación, más datos biográficos, se estructura un reportaje mostrativo, literario, encaminado a que el lector "vea" al personaje en ese instante a través de las palabras del periodista. También pueden utilizarse testimonios ajenos, bien entreverados en la narración, bien como única base testimonial —aparte de la documentación buscada— en aquellos casos en los que no se ha producido una conversación con el protagonista. La utilidad va más allá de lo puramente literario ya que estos reportajes encierran una intención sociológica o política. A través de la significación vital de un personaje, el lector percibe otras realidades más profundas porque no son visibles.

EPÍLOGO

«Para nosotros, la apariencia —algo que ven y oyen otros al igual que nosotros— constituye la realidad. Comparada con la realidad que proviene de lo visto y oído, incluso las mayores fuerzas de la vida íntima —las pasiones del

corazón, los pensamientos de la mente, las delicias de los sentidos— llevan a una incierta y oscura existencia hasta que se transforman, desindividualizadas, como si dijéramos, en una forma adecuada para la aparición pública. La más corriente de dichas transformaciones sucede en la narración de historias.»

HANNAH ARENDT (1993: 59)

La enseñanza de las formas de narrar, de los modos de argumentar y de juzgar razonablemente es la base de la asignatura Redacción Periodística. Es un aprendizaje fundamental en los estudios de un futuro profesional de la información y reclamo su decisiva influencia. El periodista es un narrador de realidades y su trabajo no es cómodo sino todo lo contrario: un reto permanente. Se le exigirá mayor bagaje cultural. Pero todos los conocimientos de saberes no son nada si no aprende a cómo utilizarlos, a cómo y qué preguntar, a cómo transmitir, a cómo narrar esas realidades. Es una profesión de círculo imperfecto: nunca se llega a cerrarlo. Y los buenos profesionales, los mejores medios, sobre todo en el mundo de la prensa escrita, saben que el futuro del periodismo es una historia bien contada. Por eso, como posibilidad futura, los mejores periódicos apostarán por la independencia ideológica y tratarán de mostrarnos y explicarnos que la realidad es tanto racional como irracional, el haz y el envés, el círculo imperfecto; no buscarán el disfraz de la certeza ni la estrategia burda del desenfoque mendaz. Huirán del periodismo fácil y servil de las declaraciones y de los comunicados por fax o por correo electrónico, tanto da. Tendrán como lema el respeto al lector al que no quieren manipular, si no tan sólo proporcionarle las herramientas necesarias para que piense, para que reflexione con las realidades seleccionadas, contadas y analizadas. La investigación será un concepto inherente al quehacer periodístico —¿cómo si no mostrar y explicar sin caer en la palabrería?— y no una noción unida a la promoción del escándalo. Concebirán el periodismo como un servicio social de primer orden y no como un instrumento de poder omnipresente. Y se marcará aún más la diferencia entre estas actitudes que corresponden a un periodismo de calidad y responsable, que logra la dignidad existencial, con aquellas otras que sólo buscan el espectáculo, la propaganda y los nunca confesados intereses empresariales, partidistas, incluso personales. Esta visión no es optimista ni pesimista. Corresponde a la observación de diferentes comportamientos y en lo que sabemos sobre la naturaleza humana. La prensa tiene vida y no va a morir. El mundo tecnócrata y científicista en el que nos hallamos inmersos desde el siglo pasado responde a ese monstruo del racionalismo que tecnifica el logos y cree por ello que domina y cambia a su conveniencia el espíritu del ser humano. Pero sospecho que ese tipo de racionalidad ya no funciona infaliblemente.

Todo lo que es real es racional y es irracional. El poder no es la única realidad. Creo que los buenos periódicos se están esforzando por entenderlo. Aunque, como casi siempre, son los escritores, los creadores de mundos, los que se adelantan a este tipo de evidencias que aún son futuras. Como Julio Cortázar en *Rayuela* (1978: 507): «La idea es que la realidad, aceptes la de la Santa Sede, la de René Char o la de Oppenheimer, es siempre una realidad convencional, incompleta y parcelada»

BIBLIOGRAFÍA

- ARENDRT, H. (1993): *La condición humana*. Barcelona: Paidós Estado y Sociedad.
- ARISTÓTELES (1990): *Retórica*. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales (Traducción de Antonio Tovar).
- BERLIN, I. (1998): *El sentido de la realidad*. Madrid: Taurus.
- CAPOTE, T. (1988): *Música para camaleones*. Barcelona: Anagrama.
- CORTÁZAR, J. (1978): *Rayuela*. Barcelona: Edhasa.
- DÍAZ-NOSTY, B. (1996): *El estado de la comunicación. Informe sobre los medios en España*. Informes anuales de la Fundesco.
- LODGE, D. (1999): *El arte de la ficción*. Barcelona: Ediciones Península.
- MARTÍNEZ ALBERTOS, J. L. (1997): *El ocaso del periodismo*. Barcelona: Editorial CIMS (Libros de comunicación global).
- (1998): «Los géneros periodísticos en los medios de comunicación, ¿ocaso o vigencia?». Comunicación y estudios universitarios. *Revista de Ciències de la Informació*, n.º 8.
- MEYER, M. (1996): *La insolencia. Ensayo sobre la moral y la política*. Barcelona: Ariel.
- RAMONET, Y. (1998): *La tiranía de la comunicación*. Madrid: Debate.
- RIVAS, M. (1997): *El periodismo es un cuento*. Madrid: Alfaguara.
- RIVIÈRE, M. (1998): *El segundo poder*. Madrid: El País Aguilar.
- SARTORI, G. (1987): *Teoría de la democracia* (2 vols.). Madrid: Alianza.
- (1998): *Homo videns. La sociedad teledirigida*. Madrid: Taurus.
- VALVERDE, J. M. (1993): *Vida y muerte de las ideas*. Barcelona: Ariel.
- ZAPATA, A. (1997): *La práctica del relato. Manual de estilo literario para narradores*. Madrid: Ediciones Fuentetaja.